

(Reseña publicada en *El Periódico de Aragón*, 1995)

José de Palafox en su tiempo

Guillermo Pérez Sarrión
Profesor de Historia Moderna
Universidad de Zaragoza

Es un placer reseñar un libro como el de Herminio Lafoz *José de Palafox y su tiempo* (DGA, Zaragoza 1992). El autor, profesor e historiador acreditado, con numerosos libros y artículos y una larga labor cultural en su haber, nos ofrece por fin una biografía seria de un personaje emblemático y mitificado como pocos en una obra breve, de calidad y de lectura muy recomendable.

El libro empieza por aclarar el aura mítica que en torno al binomio Palafox-Sitios de Zaragoza se fue desarrollando ya en vida del personaje y luego a partir de 1908 (el propio Palafox escribió unas *Memorias* recientemente editadas por el propio Herminio Lafoz, Ayuntamiento, Zaragoza 1994).

Cuenta nuestro autor en el libro que José de Palafox, nacido en Zaragoza (1775), era de ascendencia noble: hijo tercero del ilustrado y miembro de la Sociedad Económica Juan Rebolledo Palafox, marqués de Lazán. Sobrino del canónigo Ramón Pignatelli, estudió en las modernas Escuelas Pías de Zaragoza con el padre Basilio Boggiero, iniciando luego la carrera militar en la Guardia de Corps, en Madrid. En 1803 le fue concedida la pequeña encomienda rural de Montanchuelos, de la orden de Calatrava.

Tomo estos datos de Lafoz porque dan la clave de su proceso formativo: origen noble, que nunca dejó de valorar y desear; cultura ilustrada más que mediana (tenía buena biblioteca y fue buen lector, poeta, escritor e incluso dibujante), y una gran atención por la cosa pública en la que es perceptible la influencia familiar. Hay en efecto escritos suyos en los que el modelo político de su tío Ramón Pignatelli, cuya trayectoria y escritos debía conocer bien, se observa claramente. Finalmente la carrera militar, iniciada en la guardia del Rey, nos aclara su fidelidad personal casi fanática al reaccionario Fernando VII.

De esta formación surgen unos rígidos conceptos ilustrados de honor, religión, y monarquía a los que, según Lafoz, siempre se mantuvo fiel. Con ellos hubo de ir interpretando el proceso revolucionario liberal, lo que explica su liberalismo tan moderado, sus miedos a la revolución social en los sucesos de 1808-1809, su dudas políticas (entre la reaccionaria fidelidad a Fernando VII y el apoyo al cambio auspiciado por los sectores burgueses), y su final apoyo al liberalismo isabelino desde 1834.

La vida política de Palafox tiene dos partes muy claras: su papel en la revolución y los dos asedios a Zaragoza (1808-1809), de la que salió convertido en héroe, y el largo después que fue el resto de su vida (1809-1847). Lafoz dedica un amplio capítulo, el más extenso del libro, a examinar su actuación en los motines revolucionarios de Aranjuez (17-III-1808), Madrid (2-V) y Zaragoza (12/16-V) y su liderazgo político como capitán general en los dos asedios de Zaragoza (1808-1809), resaltando la gran complejidad de hechos luego tan simplificados y la pugna entre al menos dos opciones políticas vinculadas a las asambleas de notables locales y a la presión social de las clases populares zaragozanas.

El resto del libro se ocupa del después. Conquistada Zaragoza por las tropas francesas, Palafox, muy enfermo, sufrió dura prisión en Vincennes (París); liberado tras el tratado de Valençay (1813) y la vuelta de Fernando VII, desde entonces fue perdiendo poco a poco el favor del Rey, que desconfiaba de sus ideas

liberales. Nombrado nuevamente capitán general de Aragón en el traumático período de postguerra (1814-1815), y tras servir al Rey nuevamente en su guardia personal (1822-1823, lo que le enajenó el favor de los liberales) volvió a quedar políticamente marginado.

Tras larga enfermedad (1824-1826) y un forzado retiro en su encomienda rural de La Mancha (1827-1832), Palafox volvió a conocer honores efímeros. Nombrado duque de Zaragoza y Grande de España (17-VII-1834), arrestado y procesado por su pretendida participación (muy dudosa) en un complot liberal proisabelino, el gabinete de Mendizábal, ya en guerra, le propuso nuevamente como capitán general de Aragón. Palafox, vitalmente desengañado, no llegó a aceptarlo (1835). Aún volvió a ocupar cargos militares menores en Madrid e incluso llegó a ser elegido senador por la recién nacida provincia de Huesca (1837), muriendo en 1847. A todos estos eventos se dedican sendos y sabrosos capítulos, seguidos de una interesante recopilación documental.

Lafoz ha captado perfectamente el aire del biografiado, mostrando no sólo el personaje histórico sino también sus debilidades y contradicciones personales. A través suyo desfilan ante nosotros una sociedad y unos años difíciles en los que, entre guerras, levantamientos y crisis económicas todo se movía, anunciándose un mundo nuevo liderado por la burguesía. Pero en este largo cambio no siempre era fácil para los contemporáneos distinguir con claridad hacia dónde apuntaban los tiempos. Tampoco lo fue para Palafox, el héroe de los Sitios.

Libros como éste son de los que hacen afición. Escrito con prosa fluida, buen oficio y gran rigor documental, y con el atractivo argumental del personaje, el libro de Lafoz no sólo entretiene: alumbra una parte esencial de nuestro pasado y por tanto de lo que somos. Por todo ello su lectura es atractiva y muy recomendable. Sobre Palafox, un hombre a quien la historia sorprendió en Zaragoza y lo hizo héroe.